

LUIS FERNÁNDEZ CIFUENTES. 1955. *Inventario y examen de disidencias*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023, 514 pp.

DOI: 10.20318/cian.2026.10561

A Jacques Le Goff le debemos una de las mejores reflexiones sobre ese uso historiográfico, instalado y extendido ampliamente, consistente en periodizar el pasado. En *¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?* (FCE, 2016), el gran medievalista señala que se trata de una manifestación del afán general del hombre por controlar el tiempo, algo que si bien no cabe proyectar hacia el futuro, ya que éste no puede preverse con exactitud, es cosa que se ha intentado y se intenta decididamente con el pasado. Para designar u organizar de algún modo esa acción sobre el pasado, que como es obvio constituye el campo de actuación propio de la historia, se ha recurrido a diversos términos, hablándose de edades, épocas, ciclos y, en particular, de periodos, o ya en el siglo XX de periodización. En opinión de Le Goff, si bien este modo de proceder ofrece sin duda una ayuda para el control del tiempo, o más bien para su empleo, en ocasiones hace surgir problemas de apreciación del pasado; y es que, concluir, periodizar la historia es un acto complejo, cargado de subjetividad, que busca producir un resultado aceptable para una gran mayoría. En

cualquier caso, es evidente, y esto lo añadimos nosotros, que esta práctica no garantiza por sí sola que el resultado, digamos historiográfico, esté garantizado. El libro objeto de esta reseña se centra precisamente en una fecha y en la fase histórica que la misma inaugura. El producto resultante es bastante notable.

En efecto, 1956 marca el inicio de un periodo en la historia del régimen franquista. Es una fecha clave (parteaguas, por decirlo al modo clásico). Como es conocido, es el año de los sucesos estudiantiles de febrero en la Universidad de Madrid, un episodio que fue cobrando con el tiempo una entidad cada vez mayor, hasta alcanzar el estatuto de hecho fundacional (de un periodo de la dictadura). Aquel episodio se considera un punto de inflexión en el devenir de un régimen que iba dejando atrás sus momentos más duros, pero sin despojarse en ningún instante de constituir lo que siempre y hasta el final fue: una dictadura. Esta conformación de 1956 como fecha clave desde un punto de vista histórico ha conllevado necesariamente, también desde esa perspectiva, fijarse en lo que sucedió antes, o sea, considerarlo como el precipitado de un clima, de un ambiente, en definitiva, como el resultado de un proceso que venía gestándose desde atrás. Éste sería justamente el planteamiento que adopta Luis Fernández Cifuentes, situándose de forma específica en el año inmediatamente anterior

con su 1955. *Inventario y examen de disidencias*.

Efectivamente, lo que acaece en febrero de 1956 no es fruto de una casualidad, ni algo que suceda por generación espontánea, ni por supuesto un suceso aislado (con independencia de su originalidad y su carácter primigenio). Su importancia como punto de arranque de uno de los principales focos de resistencia al franquismo, la que se desarrolló en la universidad, es evidente. Es innegable que supone la puesta en marcha o el comienzo de la disidencia de los jóvenes universitarios, como señala el autor, una disconformidad heterogénea y plural (incluso pluralista), algo que entrañará a la postre y sin retorno –y cita a uno de nuestros máximos especialistas en la cuestión, Carrillo-Linares– la pérdida irreversible de la universidad para Franco. Como síntesis perfecta de la trascendencia casi inmediata de los sucesos de 1956 en el contexto del franquismo, acierta al recoger literalmente un fragmento de las memorias de Gabriel Elorriaga, uno de aquellos jóvenes “jaraneros y alborotadores”, exponente del sector más moderado entre estos: “Cuando nosotros fuimos detenidos, España parecía dividida por fronteras brumosas entre inmovilistas y aperturistas. Después de febrero de 1956, el inmovilismo se había reducido y quedado fuera del programa hasta en las esferas oficiales. Se había marginado y *bunkerizado*. La nueva divi-

sión sería entre reforma y ruptura. Con diversos matices, éste sería, en adelante, el nuevo campo de juego”. En este nuevo campo de juego, en sus distintas manifestaciones, los jóvenes universitarios actuarán, como los califica el autor, como auténticos “agentes de la transformación” política que se ansiaba y se buscaba. Y serán además reflejo de una disidencia más general, la que se da en el *mundo de la cultura* (por utilizar una expresión hoy tan al uso).

El empeño de Fernández Cifuentes, por tanto, no es otro que contar los antecedentes inmediatos (1955 y un poco más atrás) de esta fecha inaugural de un periodo del régimen franquista, coincidente con el fin de la larga posguerra. Todo ello, con un protagonista colectivo identificado y delineado: la juventud universitaria, representante de una nueva generación, que no vivió activa y directamente, por razones de edad, el drama de la Guerra Civil. Con este planteamiento, en última instancia, lo que consigue ofrecer es un retrato de la España de la época desde el punto vista cultural. Se trata, es evidente, de un periodo muy transitado por los historiadores –alguno acaso utilizaría el vulgarismo “trillado”–. Quizá aquí lo novedoso sea la perspectiva que se adopta –a veces un tanto forzada, todo hay que decirlo–, a saber, la presentación unitaria y coherente de la envoltura intelectual y cultural de los universitarios españoles en 1955, vista como precedente o raíz,

como preparatoria de lo que sucederá al inicio del año siguiente, en febrero de 1956. Aunque a veces la mirada se amplía a unos años antes, al final de la década anterior y primeros de los cincuenta, el protagonismo está centrado en aquellos jóvenes “destemplados”, como los llama, que se encontraban en ese momento en la universidad. Y explica muy bien, como ya hemos destacado, que aquellos sucesos no fueron un fenómeno aislado y espontáneo sino la culminación de algo que venía de atrás.

A priori, cabría pensar que con este planteamiento el autor pudiera limitarse a realizar una suerte de crónica de 1955. El resultado final va desde luego mucho más allá. Es un libro de historia cultural del franquismo y no una mera crónica, esto es, una relación de hechos más o menos ordenada en torno a una fecha. Es cierto que la prosa del autor resulta estilísticamente caudalosa, en un libro que se muestra, por la nutrida información que contiene, igualmente caudaloso. En algunos momentos, hay que señalarlo, el texto puede llegar a ser prolijo (por detallista) y en cierto modo hasta desbordante. Hay pasajes en los que se puede tener la sensación de que el libro se desboca y como decimos se desborda. Sirva de muestra, en este sentido, en el capítulo VI, el dedicado al cine, el análisis detallado de las críticas repartidas en las publicaciones especializadas (algunas de difusión muy minoritaria) de *Muerte de un ciclista*

o de *Marcelino Pan y Vino*, un examen exhaustivo pero también extenuante y abrumador (algo que a lo largo del texto, nos tememos, sucede en varias ocasiones con otros tantos temas).

El volumen, dividido en siete capítulos, tiene una estructura bastante lógica e inobjetable. En cierto modo, puede decirse que los tres primeros se conjuntan bajo el propósito principal de mostrar al protagonista colectivo del relato, la juventud universitaria española, los “jóvenes destemplados”, en el primero de ellos, y las principales influencias o corrientes filosóficas a las que podían estar expuestos en los dos siguientes. El primero de los capítulos, hay que subrayarlo, es el de mayor contenido llámese histórico-universitario, abordando un recorrido con diversas referencias (con la exhaustividad ya apuntada que caracteriza al libro en su conjunto), centrado en la conformación de los jóvenes disidentes en la universidad. El capítulo II se ocupa principalmente de un pasaje muy conocido como fue la adopción fallida de Ortega y Gasset como referente intelectual de esta generación de estudiantes, es decir, como impulsor sin proponérselo de la disidencia. Muestra redes o conexiones intelectuales, muchas de ellas bastante conocidas –por ejemplo, la del propio Ortega con José Antonio Primo de Rivera– pero sobre todo presenta a quienes se postularon (o más bien fueron postulados) como modelos o referencias intelectuales:

Eugenio D'Ors y Marcelino Menéndez y Pelayo, además de los mencionados Ortega y José Antonio. Este capítulo se complementa muy bien con el siguiente en el que presenta la influencia francesa, si bien, en nuestra opinión, es algo que resulta un tanto postizo y hasta un punto exagerado, dejando la sensación de que el autor quiere "colocarla" a toda costa, por encima de su importancia verdadera. Con todo, parece muy interesante como se fija, como un elemento definitorio y constitutivo de esta juventud disidente, en el llamado "sentimiento existencialista" de la vida y en concreto en la "angustia", un concepto clave de la época, algo que se proyecta en las prácticas culturales de estos jóvenes, a las que dedica sucesivamente el resto de capítulos.

Como se ha señalado, centrándose en el año 1955, en los capítulos IV a VII brinda un panorama bastante completo de la cultura española bajo el franquismo en aquel momento. Utiliza una división temática ortodoxa a partir de las distintas artes o disciplinas. Así, el primero de estos capítulos se focaliza en la pintura, situando en ese momento temporal algunas de las controversias estéticas (con connotaciones políticas la mayoría) que se dan en el periodo. El siguiente, el V, está dedicado a la arquitectura, constituyendo un auténtico ensayo sobre ésta en el primer franquismo, en los primeros quince años de éste. Por esta razón, en este capítulo en particular, como

ya se ha apuntado, se acusa el principal defecto tal vez del trabajo: una dispersión, siempre ordenada pero que, en nuestra opinión, lo lastra en ocasiones en demasía y sobre todo lo despega del que debe ser su objeto fundamental. Ello explicaría que de forma puntual el relato resulte un poco artificioso y forzado, como si el autor quisiera a toda costa recuperar el hilo. De este modo, en el penúltimo capítulo, el VI, dedicado al cine, puede llegar a tenerse la sensación de que todo se precipitaba inevitablemente a los sucesos de 1956, a que algo concreto de manera irremisible debía pasar entonces. Así, en 1955, el hecho preparatorio por antonomasia (en el sentido apuntado), en el caso del cine, serían las Primeras Conversaciones Cinematográficas Nacionales, conocidas como las "Conversaciones de Salamanca", celebradas entre el 14 y el 19 de mayo, en un ámbito y en un ambiente muy universitarios. En ellas, a lo largo de todo ese año y en este campo, consigue mostrarse el malestar existente en la cultura del cine que no es sino una manifestación específica de una desazón más general, que repercute necesariamente en la adopción de un posicionamiento político.

Este mismo propósito, el de hacer patente el malestar existente en el origen de la disidencia política de los jóvenes universitarios, es el que preside el capítulo VII dedicado a las "literaturas", como lo titula justamente (ya que se ocupa de diversos géneros

y manifestaciones). Dicha actitud, puesta de manifiesto en la opción de esta juventud por unas determinadas tendencias literarias, explica que fuese precisamente este ámbito, el literario, uno de los elegidos para canalizar o encarnar la rebeldía que explota en febrero de 1956. Así, y lo explica muy bien el autor, en 1954 y 1955, Enrique Múgica, el líder de los jóvenes más politizados, manipulando en gran medida esas inquietudes literarias, impulsa los “Encuentros entre la Poesía y la Universidad” y un “Congreso Universitario de Escritores Jóvenes”, iniciativas pensadas como plataformas para el proselitismo y la concienciación ideológica al servicio del Partido Comunista, inoportunamente amparadas por el Rector Laín Entralgo. De nuevo, Fernández Cifuentes vuelve a apabullarnos con un año, 1955, ya de por sí brillantemente nutrido desde el punto de vista literario, por el que desfilan o comparecen Delibes, Cela, Aldecoa, Matute, Goytisolo, Valente, Celaya o Blas de Otero, entre otros, y que había comenzado, ya en enero, con el Premio Nadal obtenido por *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio. Más allá de todo esto, como decimos, el autor vuelve a apabullarnos en un campo en el que se mueve con una soltura y solvencia más que contrastadas en su larga carrera de historiador de la literatura entregando un capítulo pleno de erudición.

Y así, si se nos permite la expresión, como de pronto, concluye el

volumen. Este final, en cierto modo tajante y abrupto, quizá no convenga del todo. Tal vez puede pensarse, por acostumbrado, que se hubiera merecido una suerte de recapitulación conclusiva (que en cierto modo, todo hay que decirlo, se hace en la introducción con la que se principia el libro). Es cierto que se trata de algo habitual y echarlo en falta cabe que sea un mero acto reflejo. De alguna manera es como si el autor llegase agotado y sin fuerzas para acometer unas meras conclusiones –y desde luego hay motivos para pensarlo, por el esfuerzo realizado, patente en cada una de las páginas del libro (son más de quinientas) y en el despliegue de fuentes de distinto tipo que ha manejado–. Su propósito, el de presentar a la juventud universitaria que protagoniza y enmarca los sucesos de febrero de 1956 (y otros similares que le seguirán pronto), situarla en el año inmediatamente anterior a través del estado de la cultura española y explicar así el origen de su actitud disidente, es algo que logra con creces y con brillantez. Ello a pesar de que, en algún momento, cuando se dispersa o se pierde, tiene que recordarnos (a sus lectores), y resulta, como hemos señalado, un tanto artificioso y forzado, que ese y no otro es su punto de referencia y su propósito: “la generación de estudiantes –citamos– que no había conocido la guerra civil ni participaba del espíritu de los vencedores”, o sea, una juventud universitaria dispuesta a encabezar, veinte

años después del inicio de la Guerra Civil, la resistencia al franquismo.

Finalmente, y nos gustaría dejar constancia de ello, el libro reseñado nos parece encomiable por el tono y la actitud historiográfica con que se desenvuelve el autor. El tema y el periodo abordados se prestaban, sin duda, a esa historia partidista y moralizante (en el peor sentido) a la que estamos tan acostumbrados. Isaiah Berlin nos enseña, en *History is an alibi* –acaba de publicarse en la editorial Página Indómita, con el título de *La inevitabilidad de la historia*, una nueva traducción de esta

conferencia pronunciada en 1953–, que el deber del historiador ha de ser únicamente describir y explicar, no emitir veredictos. El historiador, insiste, no es un juez sino más bien un detective que proporciona las pruebas para que el lector llegue a las conclusiones que desee. En el caso de Fernández Cifuentes, nos parece que este modelo, historiográficamente hablando tan deseable, se cumple a la perfección.

César Hornero Méndez
Universidad Pablo de Olavide
(Sevilla)